

América la bella

Budie Kadir

يَا أَيُّهَا النَّبِيُّ قُلْ لِّأَزْوَاجِكَ وَبَنَاتِكَ وَنِسَاءِ الْمُؤْمِنِينَ يُدْنِينَ عَلَيْهِنَّ
مِنْ جَلْبَابٍ ۚ ذَٰلِكَ أَذْنَىٰ أَلَّا يُعْرِفْنَ فَلَا يُؤْذِينَ ۖ وَكَانَ اللَّهُ
غَفُورًا رَّحِيمًا ٥٩

Profeta! Di a tus esposas e hijas y a las mujeres de los creyentes que se cubran desde arriba con sus vestidos. Esto es lo más adecuado para que se las reconozca y no se las ofenda. Allah es Perdonador, Compasivo.

(*Qur'an* 33:59)

Me acomodé la camisa blanca con cuello y me la metí por dentro del pantalón negro sin cinturón. Me recogí los pelitos sueltos alrededor de las orejas y los escondí bajo el pañuelo. En todos mis años en esa escuela, el hiyab fue lo que me distinguió: ese velo religioso que sobresalía entre un mar de cabelleras rubias y castañas. Hubo un tiempo, allá durante la revolución cultural del siglo VII en Arabia, en que el uso del velo, o hiyab, se prescribía con el propósito de que las mujeres pudieran andar sin que las molestaran. Hoy, después del 11 de septiembre y la conocida como “guerra contra el terrorismo”, mi imagen con velo llama más la atención de lo que la evita. A veces despierta miradas, otras, se vuelve un tema político.

Entre el murmullo constante del auditorio de secundaria, los estudiantes iban de un lado para otro, vestidos con sus uniformes de concierto. Mientras el público se iba sentando, yo me quedé quieta en el pasillo, mirando cómo se iba formando la orquesta en el escenario. Los estudiantes subían con cuidado, cargando sus instrumentos de

madera y los delgados y livianos arcos. Violines, violas, cellos, contrabajos. Y, finalmente, el director.

Sentí un tirón en el codo. Mi papá estaba detrás de mí, con un folleto de programa en la mano, todavía con la chaqueta puesta, con cara de no entender nada.

-¿Qué haces?-preguntó. -Parece que ya van a empezar.

-Siéntate, no pasa nada.

-¿Qué estás haciendo?

-Que te sientes, está bien.

Discutíamos en voz baja, cada vez más rápido, mientras la orquesta afinaba en el escenario con el “la” del concierto y nuestra profesora presentaba la primera pieza.

Mi papá por fin encontró dónde sentarse justo cuando dijeron mi nombre por el altavoz:

“...orquesta de cuerdas... *America the Beautiful* (América la bella)... con la participación especial de... Budie Kadir...”

Un aplauso automático se coló en el auditorio, casi como por inercia, y yo caminé por el pasillo y subí las escaleras al escenario, donde ya habían colocado el micrófono casi a mi altura. Levanté la barbilla, pero aún me costaba alcanzarlo.

La profesora levantó los brazos, con la batuta sostenida con tanta ligereza entre el pulgar y el índice derecho que parecía flotar; la punta

rebotaba apenas hasta quedarse también quieta, lista para marcar el compás de entrada.

Yo estaba de cara al público, de espaldas a la orquesta, pero podía sentir sus movimientos por el rabillo del ojo. Alcanzaba a ver, apenas, la cuenta en silencio: uno, dos, tres, y !

Comenzó la música, y con ella, yo. Luchaba por controlar la respiración, compensando con seguridad lo que me faltaba en técnica y talento. Hasta donde puedo recordar, canté cada nota lo mejor que pude, esperando que los latidos sísmicos de mi corazón impulsaran mi voz hasta donde tenía que llegar.

"Oh, beautiful for spacious skies..." (Oh, hermosa por sus cielos espaciosos...)

Mis pulmones y el auditorio se volvieron uno solo; sentí que el aire que soltaba podía tocar las lejanas paredes de la sala, curvas como un abrazo que me devolvía la voz a mis propios oídos.

"For amber waves of grain..." (Y las olas doradas de trigo...)

Como una brisa, imaginé mi voz de color del sol, calentando la tierra dentro de mi pecho.

"America! America! God shed his grace on thee!" (¡América, América! Que Dios derrame su gracia sobre ti...)

Canté esa grandiosa oración con la ingenua fe de quien todavía cree sin dudar.

"...and crown thy good with brotherhood, from sea to shining sea" (... y corona tu bondad con hermandad, de mar a mar).

Y como una ola rompiendo en la orilla, me retire con calma, siguiendo la larga pausa de la fermata, haciendo una reverencia para agradecer al público y alejándome del micrófono. Mi solo había terminado. Caminé hacia mi lugar con la orquesta.

Mi flaco trasero de 13 años apenas había tocado el asiento cuando el aplauso, ya apagándose, fue interrumpido por un sonido inesperado, un sonido que se reconocía de inmediato: la rabia. Una voz surgió desde el público, insistente, repetitiva. Todo el mundo volcó su atención, tratando de descifrar de dónde salía semejante alboroto en lo que debía haber sido apenas una breve y silenciosa pausa entre canciones en un concierto escolar.

La mujer que gritaba estaba ahora de pie. Estaba furiosa, echando humo, enfadada con algo... o con alguien. Desde mi asiento, lo entendí de golpe: estaba enfadada conmigo.

Exclamaba, indignada, lo absurda que le parecía la representación, con una voz chillona que atravesaba todo el auditorio, amplificadas por la propia arquitectura del lugar.

-¡Eso es antiamericano!- se quejaba con un aire de virtud ofendida- ¡Increíble! ¡Esto es lo contrario a americano!

Había cientos de adultos en la sala, y nadie se atrevía a responder. Su estallido quedó flotando en un silencio desconcertante, largo, sostenido, como si también tuviera una fermata dictando la duración.

Hasta que, por fin, escuché una voz que venía detrás de mí. Era otra estudiante, una compañera de orquesta.

-¡Mamá, cállate!

Me giré para verla. Mi heroína del momento: una contrabajista con carácter que se había levantado de detrás de su instrumento para defenderme. O tal vez para salvarse ella. Tal vez su madre siempre era así: llena de rabia, con ganas de quejarse, atrapada en una vida mediocre en un suburbio asfixiante. Tal vez estaba tan harta de una madre siempre hostil, que en el fondo solo quería tener voz esa noche. Tal vez simplemente sentía que tenía que decir algo. Nadie más lo hizo.

Yo estaba en la primera silla de mi sección, sentada justo al frente de la directora de orquesta. Ella alzó los brazos de nuevo, lista para marcarnos la entrada de la siguiente canción.

El espectáculo debía continuar. Y así seguí tocando, peleándome con el vibrato, deslizándome por el legato y pellizcando notas en pizzicato, recorriendo las frases que habíamos ensayado una y otra vez durante el semestre.

Pero, curiosamente, mientras tocaba, las lágrimas me bajaban por las mejillas. Y aunque mi cuerpo se movía con una facilidad casi mecánica, mi corazón lloraba con una tristeza que no sabía cómo nombrar.

Nadie se acercó jamás a hablarme formalmente sobre lo que pasó esa noche. Ni un maestro, ni un padre. El momento fue hábilmente eliminado del video oficial del concierto; eliminado por completo de la historia mediática de la escuela.

Con el paso de los años, algunos compañeros soltaban risitas o hacían comentarios burlones sobre la mamá racista y loca de la contrabajista,

y la expresión “antiamericano” se convirtió en una especie de chiste interno, una forma de suavizar el veneno que conllevaba.

Mi papá, en cambio, no recuerda en absoluto a la mujer que gritaba, ni sus comentarios sobre lo “antiamericano”. Según él, solo recuerda ese momento con orgullo y alegría.

-Yo no sabía por qué estabas ahí, en la esquina, tan solita, si ya todos iban a empezar- me decía, riéndose con el pecho-. Y, de repente, dicen tu nombre por el altavoz: *Budie Kadir!* Y mi hija con su hiyab sube al escenario y canta “America the Beautiful!”. La risa se le salía de lo más profundo del corazón, con una felicidad que le iluminaba toda la cara: “¡Mi hija!”.



© 2025 Budie Kadir